

# La pérdida de abuelito

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel 5

Número de palabras: 2,986



Reading a-z

Visite [www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)  
para encontrar miles de libros y materiales.

LECTURA • 5

# La pérdida de abuelito



Escrito por Kira Freed • Ilustrado por Anik McGrory

[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)

Este libro está dedicado a Hannah Silverberg  
y a la memoria de Lou Silverberg, 1916-1991.

# La pérdida de abuelito



Escrito por Kira Freed  
Ilustrado por Anik McGrory

[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)

La pérdida de abuelito  
(Losing Grandpa)  
Libro de lectura Nivel S  
© 2002 Learning Page, Inc.  
Escrito por Kira Freed  
Ilustrado por Anik McGrory  
Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA-Z™  
© Learning Page, Inc.

Todos los derechos reservados.

Learning Page  
1630 E. River Road #121  
Tucson, AZ 85718

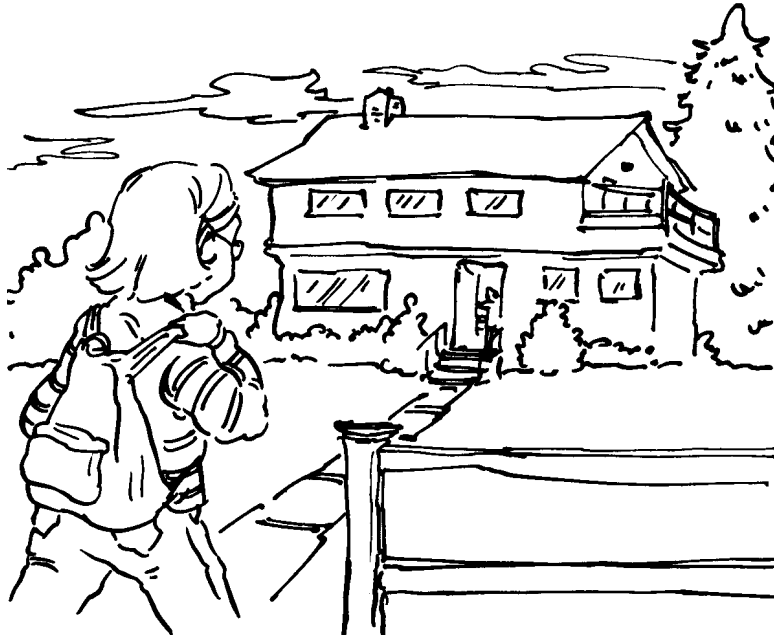
[www.readinga-z.com](http://www.readinga-z.com)



## CONTENIDOS

Capítulo 1: ¿Dónde está mamá?.....	5
Capítulo 2: Charla con mamá .....	11
Capítulo 3: Llega la mañana .....	17
Capítulo 4: Al hospital.....	21
Capítulo 5: El llamado telefónico.....	25
Capítulo 6: Comenzando a sanar.....	29





## CAPÍTULO 1

### ¿Dónde está mamá?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ana al mismo tiempo que venía por el camino del frente de su casa. Cuando volvió a casa de la escuela, vio a la amiga de su mamá, Laura, parada en la puerta. El auto de la mamá de Ana no estaba—. ¿Dónde está mamá? Siempre está aquí cuando llego a casa después de la escuela.

—Amor, algo ha sucedido. Deja tus cosas y hablaremos.

Ana subió corriendo las escaleras con su mochila y luego bajó corriendo. —¿Qué ha sucedido?

Laura comenzó. —Cariño, tu abuelito se sintió realmente mal hoy y tuvo que ir al hospital. Tu mamá fue con él para averiguar qué sucede y se quedará con él por un rato.

—¿Qué sucedió? ¿Está realmente enfermo? ¿Se va a quedar en el hospital? —Las palabras salían a montones de la boca de Ana.

—Los doctores no están seguros de qué sucede con él todavía. Tu mamá prometió que llamaría en cuanto llegaras de la escuela y nos haría saber si hay novedades.





Ana fue a la cocina a buscar un poco de jugo y una galleta de mantequilla de maní. Mientras mordisqueaba su galleta, se quedó mirando el vacío. La casa no era la misma si no estaba el abuelito. Había vivido con Ana y su mamá desde que Ana tenía dos años. Eso fue hace ocho años, y era tan parte de su vida como lo era su mamá.

Ana y su abuelito eran buenos amigos. Cuando ella era más pequeña, él solía llevarla a caminar alrededor de la vecindad. Tenían que caminar despacio porque él tenía artritis en las rodillas. Caminar despacio estaba bien para Ana por que el abuelito tenía piernas muy largas, y aun con su artritis ella tenía dificultad en seguirle el paso.

Mientras caminaban, el abuelito hacía reír a Ana inventando tontas historias sobre las personas que vivían en cada una de las casas. —Aquellas personas de la casa gris que está allí, tienen cien perros *Basset*. Todo el día se toman fotos con las orejas de sus perros enroscadas en sus cabezas. —Ana solía reírse, imaginando a personas con cabello de largas y suaves orejas de perro.





—Y esa casa amarilla en la esquina, la gente que vive allí cree que puede volar. Cada noche después de que se esconde el sol, abren las ventanas del segundo piso, se paran bajo la luz de la luna, hacen girar sus brazos, y gritan para que todo el mundo los escuche ¡Nos estamos preparando para despegar, sólo dennos tiempo de que se calienten nuestras alas!

—Ana pensaba que el abuelito era la persona más disparatada del mundo. Y la verdad, probablemente lo era.

Pero lo que más le gustaba a Ana de su abuelito era como se inventaba diferentes personalidades. Un día era Il Baconi, un bravucón italiano. Otro día, era Harry el horrible, encantándola con estrafalarias y truculentas bromas. Cada personaje tenía su propio acento único, y a veces parecía que el verdadero abuelito desaparecía y el personaje se adueñaba completamente. Ana nunca tuvo miedo de sus payasadas, ella sabía que finalmente volvería a ser él mismo, porque siempre lo hacía. A través de los años, montaban escenas cómicas que los hacían morir de risa a los dos. La mamá de Ana no siempre entendía qué era tan absurdo, pero eso nunca importaba, ni a Ana ni a su especial compañero.





## CAPÍTULO 2

### Charla con mamá

Ana dejó de soñar despierta cuando escuchó el ruido del teléfono. —¡Es mamá! ¡Yo sé que es ella! —le gritó a Laura y corrió a responder el teléfono.

—¿Hola, mamá? ¿eres tú?

—Sí, Ana Banana, soy yo —escuchó que decía su mamá—. Ana Banana era la manera especial que tenía la mamá de llamar a Ana desde el día que nació.

—¿Qué le sucedió al abuelito? ¿Se va a poner bien?

—Bien, Banana, el abuelito se enfermó gravemente esta tarde. Estaba caminando hacia el baño cuando de repente se cayó. Perdió el conocimiento, eso significa que no lo pude despertar. Llamé al 9-1-1. Los paramédicos vinieron enseguida y lo llevaron al hospital y yo fui también. Le pedí a Laura que se quedara allí así no te encontrabas con la casa vacía al regresar.

—¿Pero qué le sucede al abuelito? ¿tiene que quedarse en el hospital? —Ana preguntó con impaciencia.

Su mamá comenzó, dudando. —Los doctores le hicieron algunos exámenes al abuelito, y descubrieron que tuvo un derrame cerebral. ¿Sabes lo que es eso?

—Lo escuché nombrar antes, pero no sé realmente qué es.

La mamá de Ana continuó, —el suministro de sangre que llega al cerebro del abuelito se obstruyó y su cerebro no recibió el oxígeno necesario.



—Sin el oxígeno, el cerebro se daña. Eso es algo bastante grave, especialmente para una persona mayor cuyo cuerpo tarda más tiempo en sanar.

Ana rompió en llantos. —¿El abuelito se va a morir? ¡No quiero que se muera! —dijo abruptamente entre sollozos.

La mamá de Ana comenzó a llorar también. —Cariño, yo tampoco quiero que muera. Sólo nos resta esperar lo mejor y enviarle todo nuestro amor.

—Está bien —dijo Ana despacio—.  
¿Cuándo volverás a casa, mamá?

—Necesito esperar aquí en el hospital para hablar con uno de los doctores del abuelito. Van a dejar al abuelito aquí por un tiempo y necesito saber cuáles son los planes para él. No creo que pueda llegar a casa antes de que te vayas a la cama. Laura te dará la cena y te ayudará con tu tarea. Te veré en la mañana. ¿Estarás bien?

—Creo que sí, mami. Sólo estoy triste. Triste y asustada.

—Lo sé, Banana. Yo también. Te envió un abrazo telefónico realmente grande. ¡Mmmmmm! Nos vemos pronto.

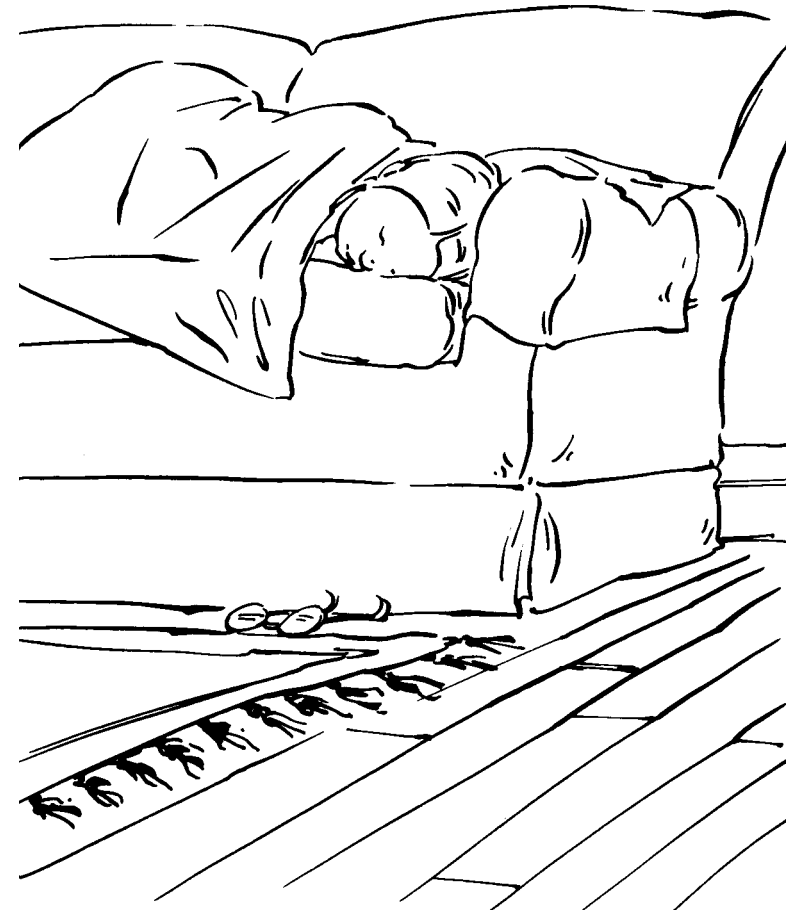
Ana cortó el teléfono y se dejó caer en una silla. Laura trató de consolarla, pero era claro que Ana sólo quería que la dejaran sola. Luego de un rato subió a su habitación y se acostó en su cama. Miró en su mesa de noche la foto de ella y su abuelito dándole de comer a las gaviotas. El tiempo que pasaron juntos en la playa el año anterior era uno de sus recuerdos más especiales. Comenzó a llorar cuando pensó que no podría volver a jugar con él nuevamente.

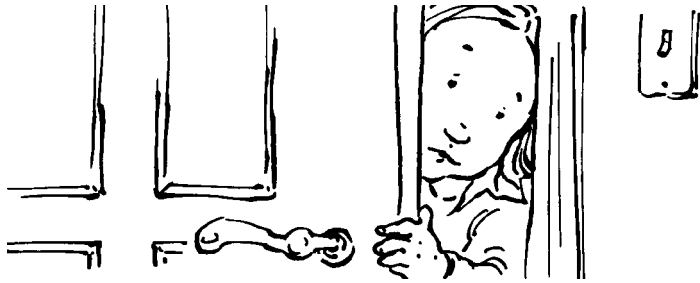




Ana fue hasta el tanque de las ranas albinas y las observó ir a la deriva perezosamente en el agua. Ella había tenido varias ranas en el año y algunas de ellas habían muerto. Sabía sobre la muerte cuando se trataba de mascotas y sabía que la gente moría también. La mamá de su mejor amiga había muerto en un accidente de auto dos años atrás. Ana había tratado de ayudar a su amiga con la tristeza, pero era demasiado grande. Y el pensamiento de perder al abuelito era mucho más grande aún que eso.

Ana decidió dejar el pensamiento a un lado. Cenó rápidamente una pizza que había sobrado, hizo un poco de tareas de matemática que tenía y pasó el resto de la noche mirando televisión. Se quedó dormida en el sillón y Laura la tapó con una manta y la dejó dormir.





### CAPÍTULO 3

#### Llega la mañana

La luz brillante de la mañana pegó sobre la cara de Ana justo después de las seis en punto. No necesitaba levantarse todavía, pero la sala estaba mucho más iluminada que su dormitorio, y no pudo volverse a dormir una vez que la luz la había despertado. Estuvo durmiéndose y despertándose durante diez minutos y luego se acordó: el abuelito estaba muy enfermo, y mamá llegó a casa tarde ayer anoche. Ana se paró de repente y entró como una flecha en la habitación de su mamá.

Su mamá estaba despierta también, pensando en el abuelito. Cuando Ana espió por la puerta de la habitación, su mamá dijo, —Entra, mi niña Banana. ¿Por qué no te metes en la cama conmigo un ratito y nos quedamos acurrucándonos?

Eso le sonaba muy bien a Ana. Se metió al lado de su mamá y se acurrucó junto al calor matutino de su mamá. Saboreó unos pocos momentos de cercanía con su mamá antes de hacerle la pregunta que había tenido todo el tiempo en su mente. —¿Cómo anda el abuelito?

—Bueno, cariño, me temo que las noticias no sean tan buenas. Le hicieron muchos exámenes y determinaron que tuvo un derrame bastante grave. Está en coma ahora, que es algo así como un sueño muy profundo. Es lo que sucede a veces cuando una persona atravesó algo muy traumático.

—¿Se va a despertar? —Ana preguntó dudando.



Su mamá se tomó un momento para contestar. Estaba entre proteger a su hija del sufrimiento y querer ayudarla a aprender a enfrentar cosas difíciles en la vida cara a cara. Finalmente, respiró profundamente y dijo, —Los doctores no saben si se va a despertar, pero la cosa no está bien. Lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Cuando Ana vio a su mamá llorar, se sintió más libre de experimentar su propia tristeza. Se tomó fuertemente de su mamá y dejó que la tristeza la inundara.

La mamá de Ana la sostuvo fuerte y la dejó llorar por varios minutos. Cuando sintió que Ana estaba más calmada, dijo, —Ana Banana, ¿qué te parece si te quedas en casa y no vas a la escuela y vamos a visitar al abuelito al hospital? Ayer a la noche le conté al doctor cuán unidos tú y el abuelito son y te dio permiso para que vinieras al hospital conmigo. Generalmente no dejan entrar a los niños a la unidad de cuidados intensivos, pero hicieron una excepción contigo. Podemos sentarnos con el abuelito un rato y hablarle.

—Pero está en coma, no podrá escucharnos.

—Bien, muchos doctores piensan que algunas personas que están en coma pueden escuchar lo que se les dice. Y aun si el abuelito no puede escucharnos con los oídos, estoy segura de que puede escucharnos con el corazón. Y pienso que será bueno para mí y para ti, también. Podemos decirle cuánto lo amamos y contarle todas las cosas que nos gustó hacer con él todos estos años. Tal vez hablarle nos haga sentir más cerca de él.

—¿El abuelito se ve mal, me va a dar miedo?

—Se ve como si estuviera durmiendo. Un poquito diferente, pero todavía es tu maravilloso abuelito que te ama. Entonces ¿qué dices, desayunamos algo y lo vamos a visitar?

—Sí, vayamos a verlo.

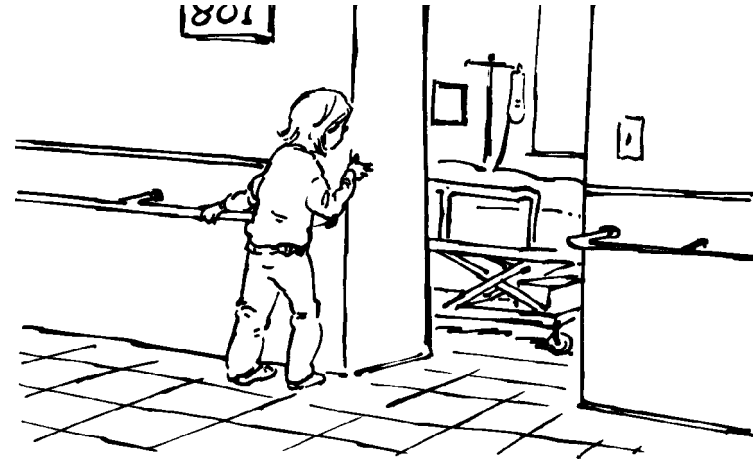
## CAPÍTULO 4

### Al hospital

Luego de un rápido desayuno, Ana y su mamá se vistieron y fueron en auto hasta el hospital. Preguntaron en la mesa de entrada dónde encontrar al abuelito y tomaron el ascensor hasta el piso octavo. Ana no había estado en un hospital antes y no le gustó el olor a medicina que parecía contagiar el aire. Espió algunas habitaciones mientras caminaban por el corredor y vio a pacientes enganchados a toda clase de máquinas, rodeados de personas con cara de preocupación. Esto hizo que tuviera más ganas de llegar a la habitación del abuelito rápidamente.

Cuando llegaron a la habitación 824, Ana dudó. Tenía temor de ver a su amado abuelo tan enfermo, sin embargo sentía un fuerte anhelo de estar cerca de él. Se quedó atrás un momento, aceptando la realidad de que él estaba en coma y luego corrió a su lado.  
—¿Está bien si le doy la mano?

—Seguro, cariño. Sólo ten cuidado de no chocar con ningún tubo o equipo.



Ana tomó su mano grande y cuadrada entre las suyas y sintió ese calor familiar que le había dado tanto bienestar durante tantos años.  
—Hola, abuelito —ella susurró—. Soy Ana. Vine a visitarte y decirte que te amo y quiero que te pongas mejor.

La mamá de Ana se quedó parada atrás, permitiendo que Ana tuviera un tiempo privado con el abuelito. Ella estaba tan agradecida que ambos hayan desarrollado una relación tan cercana. Había ayudado a compensar el hecho de que el papá de Ana se había ido poco después de que Ana naciera. Después de que el abuelito se había ido a vivir con ellas, sus vidas habían ganado tranquilidad.

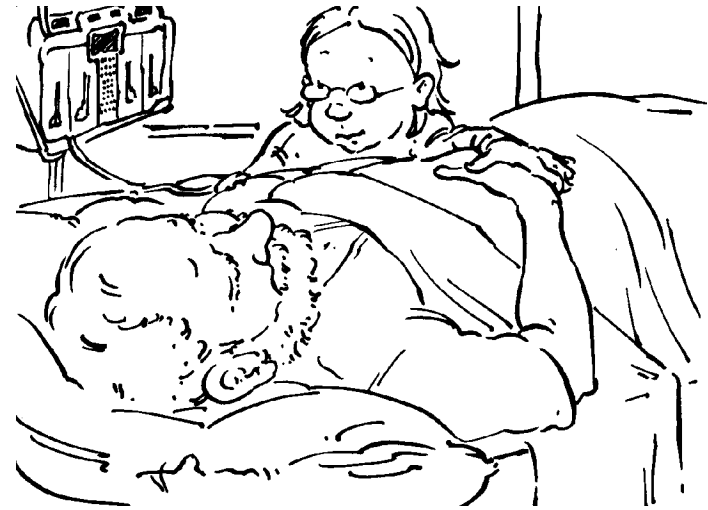
—Ana, ¿quieres decirle al abuelito qué te encanta de él?

—Seguro. Abuelito, me encanta tu barba blanca rizada que siempre insistes que es negra. Y me encantan todas esas personas que simulas ser y los acentos que inventas, y las historias que inventas sobre gente que no conoces. Y preparas los mejores huevos revueltos del mundo. Y me encanta cómo puedes reparar todo lo que se rompe. Pero mi cosa preferida es cuando vamos a caminar por el bosque y me enseñas sobre los ríos y los pájaros y las flores y las estrellas y las lunas.

A Ana se le llenaron los ojos de lágrimas a medida que recordaba todas los momentos maravillosos que había tenido con el abuelito.

—Por favor, no mueras. Te amo tanto, tanto. Se quedó sentada en silencio por un tiempo, sólo sosteniendo su mano.

Cuando Ana hubo terminado, se paró y dijo, —Mami, ¿por qué no le hablas tú ahora? —Ana caminó alrededor de la cama hasta el otro costado y sostuvo la otra mano del abuelito mientras su mamá le hablaba. Luego de unos pocos instantes, su mamá se paró y fue a buscar al doctor del



abuelito para hacerle algunas preguntas. Mientras su mamá no estaba, Ana se quedó sentada sosteniendo la mano del abuelito y acariciándola. Aunque él no pudiera hablar, el sólo tocarlo era reconfortante para Ana. Ella sabía que no podría hacerlo por mucho tiempo más, así que aprovechó el tiempo que tenía con él mientras podía.

Cuando la mamá de Ana volvió, dijo, —bien, Banana, es tiempo de que nos vayamos. Dile adiós al abuelito por ahora.

Ana se inclinó y besó al abuelito en la frente. —Nos vemos luego, Il Baconi. Por favor mejórate. Te amo.

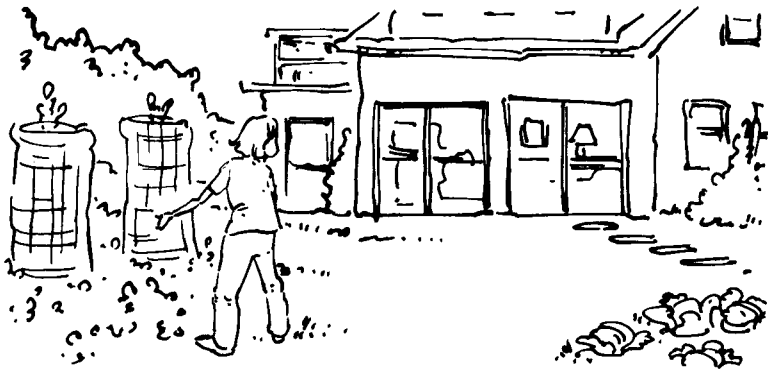
## CAPÍTULO 5

### El llamado telefónico

Luego esa tarde, Ana y su mamá estaban mirando los vegetales de su jardín, cuando el teléfono llamó. La mamá de Ana fue adentro para atenderlo. Se fue por tanto tiempo que Ana se comenzó a preguntar qué estaba sucediendo. Fue adentro y encontró a su mamá sentada en el sillón con lágrimas cayendo por su rostro.

—Ese fue un llamado del hospital, Banana —la mamá de Ana dijo con lágrimas—. Ven aquí y siéntate conmigo, amor.

—¿Qué sucedió, mamá? Ana no quería escuchar, pero no pudo evitar preguntarlo.



—El corazón del abuelo comenzó a funcionar con irregularidad hace un ratito, y algunos doctores y enfermeras se apuraron para tratar de ayudarlo. Hicieron todo lo que pudieron . . .

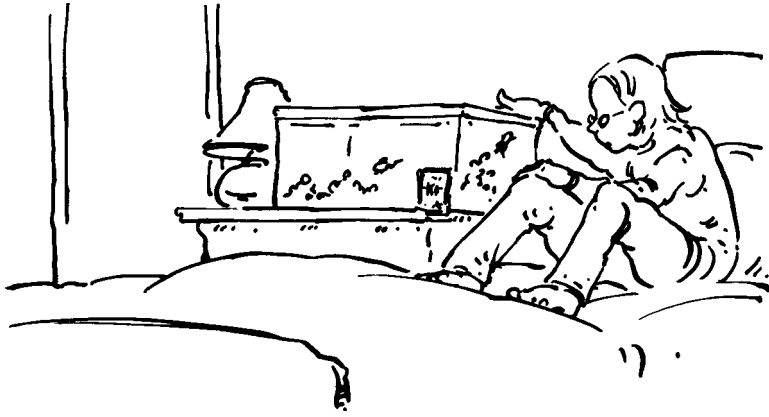
—la mamá de Ana hizo una pausa para respirar profundamente y calmarse para lo que continuaba—. Pero no pudieron salvarlo. El abuelito murió.

Ana rompió en llanto y las dos se quedaron sentadas y lloraron por un largo tiempo, abrazándose una a la otra. Ana no estaba pensando en nada, su mente sólo se quedó en blanco y sus lágrimas eran como un río enorme rugiendo a través de su corazón.

Luego de un largo rato y muchas lágrimas, la mamá de Ana dijo, —estoy muy contenta de que pudimos verlo esta mañana.

—Sí, yo también —dijo Ana. —¿Piensas que pudo escucharnos hablarle esta mañana?

—Sí, Banana, pienso que sí. No sé que le pasa a la gente después de que muere, pero lo que sí sé es que es importante que se sientan amados al final de sus vidas. Estoy segura de que el



abuelito se sintió profundamente amado por nosotras dos.

Los siguientes pocos días fueron un torbellino de parientes y amigos que traían comida y les hacían compañía a Ana y su mamá. Laura se quedó en su casa la mayoría del tiempo, ayudando a la mamá de Ana a tomar decisiones sobre el funeral y estando allí para consuelo y apoyo.

Ana pasó mucho tiempo en su habitación, dibujando o hablándole a sus ranas. Ella quería estar sola la mayor parte del tiempo y su mamá sabía que eso estaba bien. Sabía que Ana necesitaba tiempo para sentir sus sentimientos, y no estar siempre distraída de eso.

Ella confiaba que Ana se sanaría con el correr del tiempo de su profunda tristeza, aunque hubiera siempre un vacío en su interior por haber perdido a su dulce abuelo.

Cuando vino el momento del funeral, Ana no quería ir. No quería que le recordasen otra vez que él había muerto. Su mamá entendió que Ana estaba muy, muy triste, pero sabía que era importante para Ana que fuera. El funeral era una oportunidad para Ana de despedirse de él y para sentirse apoyada por otra gente que también lo había amado.

Ana se acurrucó junto a su mamá durante el funeral y escuchó mientras varios miembros de la familia y amigos se turnaban para decir lo que el abuelito había significado para ellos. Ana nunca había pensado antes en el resto de la vida del abuelito, sólo había pensado en su relación con ella. De repente se sintió parte de un gran círculo de gente que lo había amado, y no se sentía tan sola en su tristeza.



## CAPÍTULO 6

### Comenzando a sanar

Dos semanas después del funeral, Ana y su mamá fueron a un vivero de plantas y compraron un pequeño arce japonés, que había sido el árbol preferido del abuelito. Decidieron plantarlo en el patio de atrás en un lugar donde pudieran verlo desde la ventana de la sala familiar. Mientras lo plantaban, hablaban del maravilloso hombre que había sido el abuelito y de cuán bendecidas habían sido de haber podido pasar tantos momentos especiales con él.

Luego de que el árbol estuvo en la tierra, Ana lo acarició suavemente y le dijo a su mamá, —ahora, cada vez que mire este árbol, me recordará al abuelito. Será casi como si todavía estuviera con nosotros.

La mamá de Ana sintió un calor agradable por dentro. Ella sabía en su corazón que el abuelito estaría de verdad siempre con ellas. Cuando amas a alguien profundamente, el amor permanece contigo para siempre.

